RESUMEN.

El presente artículo expone la noción teórica lugar social/comunitario como expresión de la socialidad producida por las pandillas transnacionales en su deriva comunitaria, siguiendo las aportaciones de Roberto Esposito respecto a la oposición sociedad/comunidad. En este sentido, se observan las formas de agregación de las pandillas transnacionales como una forma de comunidad marginada, pero enquistada en el sistema de sociedad contemporáneo al ser producto de las dinámicas económicas, políticas y sociales que obligan a amplios sectores poblacionales a la migración, la desterritorialización y el desarraigo. Este artículo es resultado de diversas investigaciones realizadas desde 2008 a la fecha.

Palabras clave: Pandillas transnacionales, comunidad, espacio social, deriva comunitaria, criminalización de los jóvenes.

ABSTRACT.

This paper presents the theoretical notion social / communal place as an expression of sociality produced by transnational gangs in their community drifting, following Roberto Esposito contributions to society / community opposition. In this sense, aggregation forms of transnational gangs as a form of marginalized community are observed, but entrenched in contemporary society system to be a product of the economic, political and social sectors requires large population migration, deterritorialization and uprooting. This article is the result of various investigations conducted since 2008 to date.

Key words: transnational gangs, community, social space, community derives, criminalization of young.

LA DERIVA COMUNITARIA DE LAS PANDILLAS TRANSNACIONALES: PRODUCCIÓN DE LUGAR SOCIAL/COMUNITARIO

Hugo César Moreno Hernández

Doctor en Ciencias Sociales y Políticas, actualmente desarrolla el segundo año de estancia posdoctoral en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en el Posgrado en Antropología Social, en la línea Jóvenes y sociedades contemporáneas.

Dirección; Circuito Mario Rojas, #20, colonia Magisterial Siglo XXI, Tlalnepantla, Estado de México, C.P. 54187. Teléfono 53847549.

Correo electrónico: hcmor@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

El objetivo general del presente artículo se centra en la observación de las relaciones intersubjetivas de los jóvenes pandilleros como la creación de un lugar social/comunitario que en el caso de las pandillas transnacionales responde a los procesos de desterritorialización. En este sentido, se entiende por lugar social/comunitario el establecimiento de lazos simbólicos, prácticos y éticos que se dan más allá del espacio geográfico, instalado en lo que los pandilleros denominan el "barrio" y se define en el nombre de la pandilla, ya sea Pandilla 18 o Mara Salvatrucha 13.

Las pandillas son un *lugar* social donde los procesos del capitalismo contemporáneo se cruzan, desde la marginalización y la exclusión hasta

la sobreinclusión a través de la criminalización, donde la ciudadanía se cancela. Para el caso de las pandillas transnacionales, el lugar excede el principio territorial que acuerpa a la pandilla tradicional, aunque no desaparece, se amplifica en la triple desterritorialización (migración, deportación, migración),de esta manera, las pandillas transnacionales son desbordamientos, la estrategia del "barrio", la "nación", la pertenencia absoluta, los pasajes a un lugar otro, social y comunitariamente alejados del resto de la sociedad, pero insertos en ella y sus dinámicas específicas de un capitalismo de consumo. No se jerarquizan rígidamente, no se cuentan ni matematizan, en cuanto carecen de centro y su crecimiento es desbordante, en su explosión rizomática pero siempre al margen, sobre el margen, calidad manada, calidad tribu salvaje (ver Moreno y Sánchez, 2012). El lugar social/comunitario, al estar firmemente arraigado sobre el simbolismo, el dolor, y la miseria de la realidad (o la realidad miserable que padecen millones de jóvenes), supone una comunidad, en el sentido que Roberto Esposito (2007) observa la comunidad, es decir, como una forma de agregación tejida con un lazo de don, sin propiedad, donde lo común, más que lo objetual, es la sujeción o la intersubjetividad que sostiene al conjunto. Un lazo más allá de la individualidad, una subjetivación de la relación realizada de manera abierta y exacerbada hacia el otro. En este sentido, como abunda Esposito (2005, 2007), la comunidad es opuesta, en cuanto peligrosa, a la sociedad. En esto está sustentada la asimilación entre comunidad y contrapoder, es decir, la comunidad como un contrapoder en el orden de las relaciones de poder imperantes. También ahí su carácter de no organización con el que los discursos de seguridad hacen inteligibles a las pandillas, es decir, asimilándolas al crimen organizado o a las insurgencias criminales.

NOTA METODOLÓGICA

Las entrevistas citadas a lo largo del artículo fueron realizadas en diferentes momentos desde el 2008 y hasta el 2014, son producto de distintos trabajos de investigación sobre el tema de las pandillas transnacionales que he realizado en el lapso señalado. Todas las entrevistas fueron sostenidas en San Salvador, El Salvador en 2009, 2011 y 2013, salvo la realizada con Xs. Esta entrevista se realizó vía electrónica desde Los Ángeles, California.

Las entrevistas fueron semiestructuradas, permitiendo a los entrevistados verter sus experiencias según les hubiera marcado, haciendo acotaciones al momento de surgir temas de interés para comprender mejor

el fenómeno y se llevaron a cabo en lugares seguros, es decir, en puntos donde se evitaran enfrentamientos con miembros de otras pandillas. Los pandilleros entrevistados son tanto calmados, es decir, que ya no participan activamente con la pandilla, como activos, aquellos que siguen fuertemente vinculados con el grupo. El apoyo para conseguir los encuentros fue dado por la organización Homies Unidos de El Salvador.

Por motivos de seguridad se omiten nombres y sobrenombres de quienes, voluntariamente, aportaron sus experiencias para las diversas investigaciones, de las cuales este artículo es sólo una pequeña dimensión de un fenómeno demasiado complejo.

Las investigaciones de las cuales extraje información para la redacción del presente artículo son: *La Mara como ejercicio de contrapoder*, tesis de doctorado para obtener el grado de doctor en Ciencias Sociales y Políticas por la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, en el lapso de 2008 a 2010; *Estrategias de reestratificación desde la sociedad civil: el caso Homies Unidos*, con financiamiento de la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, en el periodo 2011 a 2012; y *Pandillas transnacionales en El Salvador y Ecuador: criminalización versus integración,* seleccionada por el Programa de Becas CLACSO-ASDI de Promoción de la Investigación Social, en el Concurso de proyectos para investigadores de América Latina y el Caribe en la categorías Consolidación Académica, según el tema: Juventudes y movimientos juveniles en América Latina y el Caribe.

ESPACIO SOCIAL, LUGAR SOCIAL

La pandilla no es una organización. Es una línea de fuga donde se instalan los marginados, una apertura de conexiones. Sin embargo, esto no significa que la violencia pandillera cree un lugar social idílico, muy por el contrario, pues en cuanto comparten y comunican vida y muerte, acomunan y desorganizan, alcanzan espirales de violencia envolventes y autodestructivos. Los casos en que son atrapados por las organizaciones criminales son ejemplo de cómo la desestratificación pandillera puede convertirse en un arma útil gracias a su capacidad mortífera. Ese perder el asco a la muerte del que habla Carlos Mario Perea Restrepo (2007).

En el caso de las pandillas transnacionales, la reestratificación ha sido a través de la ley, de la criminalización, lo cual ha fomentado un crecimiento, siguiendo el léxico deleuziano (2008), canceroso, observable en el aumento

de la violencia asesina, como se ha documentado profusamente a propósito de Centroamérica (Moreno, 2013; Moreno y Sánchez, 2012a). En casos donde se ha optado por una visión no criminalizante, como Barcelona y Ecuador, para afrontar el crecimiento de pandillas transnacionales como Latin Kings, Ñetas, Vatos Locos y otras pandillas, los resultados han mostrado que si se atiende a las necesidades básicas y simbólicas de los jóvenes pandilleros, tomándolos como parte y no como enemigo, la violencia disminuye de manera importante y el grupo, asumido en su totalidad como colectivo y no a cada miembro de manera individual según una forma de tratamiento terapéutico, el lugar social pandilla logra tornarse en un espacio de desarrollo alterno y efectivo ante un sistema de sociedad que ofrece pocas o nulas oportunidades a los jóvenes marginados (Brotherton y Barrios, 2004; Feixa, 2006; Feixa y Canelles, 2007; Cerbino y Barrios, 2008; Cerbino, 2009, 2012; Queirolo, 2012; Moreno, 2014).

El lugar social/comunitario es una línea de fuga comunitaria o deriva comunitaria enfrentada al resto de la sociedad. En este sentido, es una forma de habitar los territorios sociales marginados y excluyentes, ya sea por procesos de migración que ilegalizan la presencia de una amplia multitud de jóvenes o por las condiciones de marginación y exclusión que propicia el crecimiento de sectores sin oportunidades de empleo y educación, lo que a su vez presiona a la migración hacia los polos de atracción de mano de obra no calificada y por ende, de muy bajo costo. Se habita la ciudad a salto de mata (en la ilegalidad y la repulsión) y se asientan sobre el frágil suelo de la no ciudadanía (tanto por la ilegalización de la migración como por la criminalización de la pobreza), de la expulsión (migración) y la imposibilidad de pertenencia, para crear en el espacio social un lugar. En términos de la desterritorialización-reterritorialización surge una decodificación-recodificación en la relación de tensión entre los jóvenes desarraigados, como búsqueda y construcción de un lugar social/comunitario frente al espacio social, que a decir de Bourdieu: "El espacio social es construido de tal modo que los agentes o los grupos son distribuidos en él en función de su posición en las distribuciones estadísticas según los dos principios de diferenciación que, en la sociedades más avanzadas, como Estados Unidos, Japón o Francia, son sin ninguna duda los más eficientes: el capital económico y el capital cultural" (2005: 30), es claro cómo en el movimiento de desterritorialización tanto capital cultural como económico son disminuidos al grado cercano al cero si asumimos en el movimiento la disolución del territorio y el ancla cultural, desde el lenguaje hasta lo más elemental sobre el sentido de pertenencia.

Esto queda claro en el testimonio de Xs., quien migró desde niño a Los Ángeles, California, donde la pandilla se convirtió en el lugar de acogida que le brindó protección y espacios de intersubjetividad que, debido a las condiciones y procedencia (El Salvador) le fueron escatimadas por las estructuras sociales:

Yo vine aquí en el 79, vine a la edad de siete años, con mi hermano pequeño de cinco años, nos mandaron a traer mis padres, so, nosotros estábamos en el área que se llama *Koreatown*, que es al oeste del *MacArthur Park*, verdad, el *Westlake*, entonces de ahí nos mandaban en bus a la escuela, al Valle, y entonces yo me tuve que enfrentar con muchos muchachos que eran mexicanos, de otro origen, chicanos, verdad, mexicoamericanos, que me discriminaban por el simple hecho de que yo hablaba el español bien diferente que ellos, *so*, entonces eso ya, empecé a tener yo dificultades llevándome con este grupo de jóvenes, porque ya tenía, en cierta manera, problemas con ellos simplemente por ser diferente, *so*, me tuve que pelear y defenderme, pero a la misma vez no quería problemas. Yo, básicamente hice lo que muchos también hicieron, que se integraron a pandillas, era de que empezaron a simularse a la cultura que era prominente, de la que era más grande, y de esta manera en la que yo andaba el mexicano era el más grande, so, yo empecé a esconderme a ciertos salvadoreños, empecé a hablar como más mexicano y empecé a establecer relaciones con mexicanos por esta manera en cual, si me preguntaban si era salvadoreño les decía sí, pero no hablaba como salvadoreño, verdad, y habíamos varios en ese grupo que habíamos hecho lo mismo simplemente para sobrevivir la escuela. Ah, cuando ya me mandaron a lo que es *middle school* o *junior high*, entonces ahí ya me llegó un muchacho y una vez el primo de un amigo mío y se introdujo como salvadoreño, usando todo el acento como salvadoreño, y entonces yo me miré sorprendido que este muchacho no tenía miedo expresarse de esta manera y sentir represalias por otros grupos. Y ya él pues ya me dijo que ahí se juntaba la mara, que ahí se juntaban los jóvenes salvadoreños y así pues ya miré yo de que había un gran apoyo familiar de esa manera y me atrajo inmediatamente. A pesar de que me atrajo inmediatamente, pues había también bastantes problemas en la casa, el hecho de que yo no conocía a mis padres, no podía establecer una buena relación con ellos al emigrar, había bastante abuso físico, psicológico, *so*, entonces, eso me sentí yo de que eso fue como un escape para mí, verdad, de los problemas que yo estaba pasando y no me dijeron ellos que me metiera a la pandilla, porque todo el grupo de ahí, todos no eran pandilleros, eran unos cientos, uno pocos que eran de la Mara Salvatrucha, en ese entonces

como se conocía, Mara Salvatrucha Stoners 13, verdad, que era MSS13, entonces ahí fue como me gustó eso y entonces me integré yo a la pandilla y me brinqué, ahí a en la escuela me brincaron a la pandilla y me integré a una clica que se llamaba los Catalina Locos, inicialmente, pero después de que mataron a uno de los muchachos la clica se deshizo y cada quien nos integramos a las clicas más grandes que existían en el área, unos de los muchachos amigos míos, se fueron para lo que eran los Leeward Locos, que es una clica bien grande también, y yo me integré a los Normandie Locos, donde pues ya tenía amigos ahí y donde me establecí y de ahí ya básicamente nunca salí.

Siguiendo con la argumentación de Bourdieu, el capital cultural de los migrados queda en suspenso, sin capacidad de transar, sin espacios simbólicos, digamos, naturales, donde es preciso efectuar una reterritorialización y recodificación desde abajo, desde el abandono, para lograr habitar. Sumado a esto, el capital económico, paupérrimo, limita y coloca, guetifica en el exacto momento de la llegada. Sucede un estallido de desencuentros, la creación de un lugar social/comunitario, precario, pero resistente frente al efecto de la colocación en el espacio social. Por supuesto, en el estallido las esquirlas logran aleación al calor de las condiciones, bien visto por Bourdieu, "la proximidad en el espacio social predispone al acercamiento: las personas inscritas en un sector restringido del espacio serán a la vez más próximos (por sus propiedades y sus disposiciones, *sus gustos*) y más inclinados a parecerse" (2005.: 36). Ante la pesadez del espacio social como cuadricula, como fuerza "natural", por las disposiciones político-económicas, como realidad lacerante, pues "el espacio social es la realidad primera y la última, ya que dirige hasta las representaciones que los agentes sociales pueden tener sobre ella" (ibíd.: 39). En la situación de un espacio social donde se hacinan los desterritorializados, la proximidad se deforma en lazos decodificantes, si se quiere, en formas de socialidad contradictorias a las valoraciones específicas de un sistema de sociedad. Es decir, el espacio social, con las características especiales otorgadas por la desterritorialización, produce explosiones en forma de lugares sociales/comunitarios.

En este sentido CB, un pandillero de la Pandilla 18, al hablar sobre el origen de la Mara Salvatrucha 13 permite observar cómo esa proximidad va imprimiendo rutinas que definen la forma de aparecer de las pandillas angelinas: "Sí, primero eran como MS Stoners y luego pues, cambian a, por la misma notoriedad que tienen dentro de la Pandilla 18, entonces ellos ya no tienen la cuestión de ser *rockeros*, sino que tienden a hacerse

cholitos, ya empiezan a raparse el pelo, a vestirse más con bombachos, con *naikis* ¿no? Y de ahí la onda de porqué se quitan el *Stoners*, porque *stoners* es otra onda, es otro rollo, es otra cultura, es más *rockero*, es otra onda". En lo dicho por CB se nota la situación del intercambio de capital cultural y cómo en la proximidad el espacio social revienta en formas reterritorializadas. La diferencia entre rock, como capital cultural, y lo cholo[1] es reterritorializada por el lugar de la pandilla, con unos símbolos exclusivos y excluyentes, pues aunque no todos los cholos son pandilleros, se podría aducir que todos los pandilleros de origen latino de Los Ángeles son cholos, es la condición, latinos (inmigrados de países del sur en una ciudad norteamericana) y la situación, lo que genera, en el choque, la aparición de lo que llamo lugar social/comunitario.

Como varios entrevistados manifestaron, a principios de los ochenta, las pandillas transnacionales que actualmente libran una guerra brutal, compartían territorios y amistades en las calles de Los Ángeles, por ejemplo, Ug, pandillero veterano deportado a El Salvador durante los noventa, miembro de la Pandilla 18, explica:

No, aquí te podría ilustrar en algo, que yo fui uno, tal vez no de los fundadores de la MS, pero sí anduve con muchos de los fundadores y después nos dividimos, yo conocí al propio moreno de la MS, aja, conocí a, conocí a varios pues, aja, que fueron compañeros míos, entonces una de las clicas más fuertes que, podría decirte que la más fuerte, se fundó en la *Westmoreland*, la *Westmoreland* y la *Leeward*, *Leeward* y *Westmoreland*, al otro lado de la 7 y Chato, que ese era territorio de los King Cobras y los MS los sacaron de ahí a los King Cobra. Entonces ahí se fue fundando, cuando yo me brinqué, la MS todavía no brincaba tan alto, ya andaban haciendo sus pininos y todo, aja, yo conozco el movimiento de la MS y conozco muchos fundadores de la MS, aja, y por eso a mí me guardan cierto respeto, muchos de esa gente, tal vez los de aquí no, porque a uno, ellos, la gente de aquí de la MS y de la 18 le llaman bajado a uno, le llaman bajado.

En su origen, la MS estaba ligada fuertemente a la Pandilla 18, el "barrio" que hoy, sobre todo en las calles de San Salvador, es el enemigo mortal, aquel que debe ser eliminado para "engrandecer la mara", para crecer e imponer sus símbolos y maneras. Este odio se origina a través del reflejo

1 Cholos son los jóvenes mexico-americanos y mexicanos con una vestimenta y lenguaje distintivos. Como cultura juvenil se han extendido más al sur de la frontera con Estados Unidos hasta llegar a Centroamérica. Se les identifica por llevar cabello al rape, tenis, calcetas blancas, pantalones cortos muy flojos, por debajo de la cintura, etc.

especular, como observan Carlos Martínez y José Luis Sanz:

En los años 80, el mejor espejo de la Mara Salvatrucha era la veterana pandilla 18, que ya tenía 30 años de vida. Mientras otras pandillas de raigambre chicana rechazaban a los migrantes no mexicanos, o incluso se negaban a recibir a los nacidos en México, decididos a enarbolar únicamente la bandera chicana, la *Eighteen Street* se definió por ser una pandilla abierta a migrantes latinos de origen diverso, lo que le permitió convertirse rápidamente en una de las mayores pandillas de Los Ángeles […] La coincidencia geográfica de ciertas clicas de ambas pandillas, cierta visión paternalista de la 18 hacia los recién llegados, y la fuerte presencia de salvadoreños entre sus filas, facilitaron la afinidad entre la 18 y la Mara Salvatrucha. Las dos pandillas caminaban juntas. Miembros de una y otra acudían a las mismas fiestas y peleaban juntos frente a enemigos comunes (Martínez y Sanz, 2012).

Esta relación estrecha entre ambas pandillas, responde tanto a las inquietudes expresadas por Xs, como a la función de acomunación operada por el espacio social y se resuelve en la producción de lugares sociales/comunitarios, como la pandilla. Si bien, las diferencia, aparentemente mínimas, como el acento o el uso de palabras semánticamente diferenciadas, como bicho o cipote por niño, chavo o morro, pisto en lugar de dinero, etc., impulsó a muchos jóvenes a cambiar su forma de hablar para ser aceptados, la aparición de la Mara Salvatrucha 13, imponiendo la procedencia y la mezcla de simbolismo sin supeditar el salvadoreño al chicano (la palabra Mara, al principio y la mezcla de El Salvador con el ser trucha, astuto, avispado, según el argot chicano), hizo de esta pandilla un lugar social/comunitaria más interesante para los jóvenes salvadoreños migrados al sur de California: "Muchos, para entrar en pandillas como la Playboys, habían ocultado y siguieron ocultando durante años que eran de San Julián, Chinameca o Santa Rosa de Lima. Otros, incluso en la plural pandilla18, habían borrado su acento para no ser menos, para ser uno más. Los salvatruchos no se obligaban a sí mismos a hablar como chicanos ni renunciaban a su origen: lo llevaban en el nombre de su pandilla" (Ibíd.).

La pandilla se empieza a organizar porque tienen problemas, problemas comunes, entonces para contrarrestar esa onda se organizan en pandillas porque ya en tanda de pandillas sobreviven mejor, ante cualquier situación. Entonces, cuando nosotros llegamos a los Estados Unidos, encontramos las pandillas que estaban, y con las que podíamos interrelacionarnos o meternos, eran como la 18 o los Playboys, hay Playboys salvadoreños,

que son pandillas americanas, pues, de mexicoamericanos o chicanos que estaban en Estados Unidos, es hasta 1984, cuatro años después de toda la migración de salvadoreños, que nace la Mara Salvatrucha, a raíz de experimentar que en estas pandillas no son respetados. Entonces ellos crean su propia pandilla donde van a ser respetados, y para que haya más respeto, se salen de las reglas, y como habían estado en la guerra en el el salvador algunos, les valía madre matar a cualquier cabrón. Por eso es que los salvadoreños que vinimos al principio nos metimos. Si hubiéramos encontrado los salvadoreños una Mara Salvatrucha ya instalada, pues entonces fuéramos maras salvatruchas todos. No les gusta eso que les diga a los dieciochos, pero realmente, si hubiera existido la MS antes que nosotros llegáramos, nosotros nos convertimos en MS.

A la pregunta hecha a CB. sobre si los MS a pesar de haberse hecho cholos seguían siendo roqueros, seguían escuchando rock, contestó: ”Pues ahí no te podría decir, porque como cada quien con su pandilla y luego también hubo bronca, pues ya no pudimos, sino que había una distancia más grande porque ya había algo… ya no éramos pandillas que estábamos juntas, sino que se habían separado. Entonces, como tal, aprendieron de la 18 a ser pandilla”. Lo que deja percibir cómo, en términos de la proximidad en el territorio ajeno, la distancia se crea a partir de endurecer el lugar social/comunitario, delimitándolo, creando el cerco que permite la construcción de un contra-código según un capital simbólico ajeno al territorio en que están desterritorializados pero construido a fuerza de dicho movimiento de desterritorialización. La colocación exacta en el espacio social es irritada, por decirlo de alguna forma, por la aparición de lugares donde el espacio es marginado a su acción marginalizadora. Un asunto de doble marginación: la realizada por la propia situación en que quedan en el espacio social (inmigrantes que al momento de participar en el espacio social quedan definidos por éste) y la creada a partir de la producción de lugares fuera del espacio social.

Ahora bien, qué significa o qué se entiende, en el contexto de esta argumentación, por lugares sociales/comunitarios. Para pensar esto, recurro aquí a Roberto Esposito (2007) con el fin de observar una formación comunitaria en el interior de una sociedad, es decir, una *communitas* bajo el imperio de la vocación *immunitas* (Esposito, 2005) del lazo social moderno, plasmado en las diferenciaciones organizadas por lo que Bourdieu (según los operadores capital cultural y capital económico) llama espacio social. Se trata, pues, de pensar la comunidad inmersa en el sistema de sociedad capitalista contemporánea, donde el trabajo ya no articula a la producción.

Pensar la comunidad a la manera de Esposito, como un peligro para el lazo social del cual la consolidación de los Estados-nación inmuniza al sujeto. Pensar a la pandilla como una comunidad y notar las subjetivaciones que fabrica. Pensar a la pandilla como una deriva comunitaria para notar las cualidades estratégicas que tiene en germen para imaginar su activación y sus posibilidades de organización social no orientada en forma vertical, sino en una horizontalidad productiva y creadora de las relaciones de poder. En este sentido se propone la noción de lugar social/comunitario, que no es exclusivo de la pandilla, pero en ella alcanza formas explosivas y desterritorializantes. Un lugar contemporáneo, que no es resistencia cultural sino excreción de las condiciones materiales de existencia, formas que se van adecuando a los derroteros marcados por el sistema de sociedad.

La aparición de colectivos desligados, desviados de la línea-dispositivo que decide el camino y lo indica, que surgen como explosión y no como eclosión. Crecen desmedidos y mueren por su desmesura. Se trata de lo que podríamos definir como colectivos rizomáticos (Deleuze y Guattari: 2001). Rizomas ininteligibles por la normalidad. Ilegibles por la mirada molar, endurecida, arbórea establecida por las relaciones de fuerza imperantes. Colectivos rizomáticos que son puntos dinamitados de la máquina social. Horizontalidad de la enfermedad, de la bajeza. Rizoma deleuziano que es expresión de lo múltiple, característica, sí, de la multitud al estilo Negri y Hardt (2004), pero que también es característica de lo desviado, lo asesino, aquello que destruye sin objetivo político claro, aquello que es más rizomático al ser más explosivo, pues es más vivencial que experiencial en el sentido de lo cotidiano, en la ausencia de un proyecto político, lo que le vincula más con la idea de una infrapolítica pérfida, destructiva pero a la vez productiva de relaciones de fuerza de un cuño inasible, por tanto positiva en cuanto negatriz de lo social. La acción negatriz aquí es una acción afirmativa de comunidad, constitución de comunidad contraria a la sociedad. No subsociedades o pequeñas sociedades, sino comunidades, un lugar social/comunitario en cuanto se realiza a través de la conjunción, comunicación y acción común de subjetividades que estallan su esfericidad.

La sociedad, el saber-poder y sus estrategias biopolíticas (la definición del mal como situación exclusivamente individual) inmunizan de comunidad al cuerpo de la sociedad. “El cuadro inmunitario dentro del que se ubica este proceso general de superposición entre práctica y ordenamiento político es hasta demasiado obvio: para devenir objeto de «cuidado» político, la vida debe ser separada y encerrada en espacios de progresiva desocialización que la inmunicen de toda deriva comunitaria” (Esposito;

2005: 199). De esta manera, la comunidad es distinta a la sociedad, incluso como situación salvaje, estado de naturaleza, quizá.

Es aquello por lo que surgió la sociedad, en cuanto forma "ordenada" y "controlada" de relaciones de poder. Un estadio en el que el vínculo opera en el colectivo, en la, digamos, indistinción de los elementos, en la ausencia de una individualidad ostensible, donde cada elemento constituyente de la comunidad es en cuanto está en la comunidad y no una ligazón donde cada elemento, individualmente concebido, se atrapa al otro mediante la distancia y la distinción, sobre todo en términos de la propiedad, cuyo sentido más amplio se alcanza en la modernidad a través de los procesos de interiorización de la riqueza (la economía a través del trabajo), la soberanía (la política a través de la ciudadanía) y la individualidad subjetiva (el yo a través de la economía libidinal). La comunidad es la impropiedad, es decir, la común deferencia con el otro.

LA DERIVA COMUNITARIA

Es con este sentido que utilizo la noción lugar social/comunitario y observo en la pandilla, según esos rasgos específicos que adquiere en su estadio transnacional, es decir, totalmente desterritorializada, como un lugar social/comunitario, forma posmoderna, neoarcaísmo tribal, comunidad que se asienta sobre el terreno privatizado, territorialización de la calle. Rebeldía de comunidad frente a la unicidad del cuerpo político. De esta manera se observa a la pandilla como una comunidad, enlazada según un lazo-de-deuda, con el objetivo de comprenderla más allá de la criminalización y asimilación a grupos de crimen organizado. Un lugar social/comunitario productor de otras subjetividades. Subjetividades en los límites del sistema de sociedad y, a la vez, límite del sistema. No reminiscencias del pasado, apariciones anacrónicas o regurgitaciones arcaicas sino neo-arcaísmos (para pensar con Maffesoli, 2004), es decir, algo original del sistema que recuerda a formas antiguas (la propia idea de comunidad) pero surge inédito. Nuevas subjetividades afectadas por lazos sociales que exceden la constitución de la modernidad. Sujetos enlazados de manera distinta:

Sujetos finitos—recortados por un límite que no puede interiorizarse porque constituye precisamente su «afuera»—. La exterioridad a la que se asoman, y que los penetra en su común no-pertenecerse. Por ello la comunidad no puede pensarse como un cuerpo, una corporación, una fusión de individuos que dé como resultado un individuo más grande. Pero no debe entenderse

tampoco como el recíproco «agradecimiento» intersubjetivo en el que ellos se reflejan confirmando su identidad inicial: un lazo colectivo que llega en cierto momento conectar individuos previamente separados. La comunidad no es un modo de ser —ni menos aún, de «hacer»— del sujeto individual. No es su proliferación o multiplicación. Pero sí su exposición a lo que interrumpe su clausura y lo vuelca hacia el exterior, un vértigo, una síncopa, un espasmo en la continuidad del sujeto (Esposito, 2007: 32).

La deriva comunitaria pandillera es explosiva, tanto en su fundación como creación de lugar social/comunitario en una deriva de desterritorializaciones, un lugar móvil (el "barrio", la "nación") que reterritorializa violentamente y es desterritorializado, deportado, expandido.

La forma del lugar social/comunitario pandilla se delinea a través de lo que llamo lazo-de-deuda en términos de una interioridad que fortifica los límites de lo colectivo respecto al resto de la sociedad, confronta una subjetividad explosiva a la subjetividad ensimismada, esférica propia del individuo moderno. Así, la comunidad es deuda, mientras la sociedad es culpa. El espacio social es culposo, en cuanto coloca según unos atributos más o menos generales que distinguen individualmente (capital económico, capital simbólico o cultural), pero al definir proximidad permite la producción de lugares sociales/comunitarios, donde el lazo social se impregna con otras cualidades que van más allá de la culpa, donde los sujetos se enlazan a partir de la "carga", para pensar con Esposito:

No es necesario hipotetizar ningún idilio comunitario previo, ninguna primitiva «sociedad orgánica» —que existe sólo en la *imagerie* romántica decimonónica—, para poner en evidencia que la modernidad se afirma separándose violentamente de un orden cuyos beneficios no parecen ya compensar los riesgos que comportan, como las dos caras indisolublemente unidas en el concepto bivalente de *munus*: don y obligación, beneficio y prestación, conjunción y amenaza. Los individuos modernos llegan a ser verdaderamente tales —es decir, perfectamente in-dividuos, individuos «absolutos», rodeados por unos límites que a la vez los aíslan y los protegen— sólo habiéndose liberado preventivamente de la «deuda» que los vincula mutuamente (2007: 40).

La pandilla, como lugar social/comunitario, se constituye a partir de un entrelazado subjetivo donde la individualidad se abre a lo colectivo a través de instaurar una deuda con los miembros. Esta deuda se establece al momento del ingreso, a través de ganarse el ingreso, "cometiendo

acciones" dicen los pandilleros, acciones que los hermanan, los endeudan al convertirlos en *homeboys* o *homegirls*, mediante un ritual de pasaje. Esta apertura es a la vez clausura respecto al resto de la sociedad. En esa clausura que permite la apertura subjetiva de los miembros "sus líneas de fuga de la autoridad son completamente solitarias y se dirigen continuamente al borde del suicidio" (Hardt y Negri; 2002: 193). La comunidad es un suicidio social en la medida que, como sucede con la pandilla, las líneas de fuga huyen sobre un cuerpo sin órganos canceroso, como la comunidad, la muerte es lo común e implota, autodestruyéndose.

El asunto con las pandillas transnacionales es que la actividad inmunitaria que se le aplica ha mutado su acción, haciéndolas más violentas, acelerando su autodestrucción en un juego que refuerza sus lazos-de-deuda comunitaria, y los coloca frente a un enemigo incomprensible, que no les da el rostro de frente, sino ladeado, despreciándolas mientras ellas, de frente, muestran las fauces tatuadas en el hocico de un trabuco (pistola de fabricación casera) o de un arma automática fabricada en los Estados Unidos. Hay, sí, un suicidio social, según el dicho de un pandillero, "Los pandilleros se vuelven una sociedad antisocial dentro de una sociedad", son el límite interno infeccioso-comunitario, aumenta su encono en la medida que la biopolítica opta por estrategias criminalizantes-inmunitarias. "Como dice Spinoza, si meramente cortamos la cabeza tiránica del cuerpo social, sólo nos quedará el cadáver deformado de la sociedad. Lo que tenemos que hacer es crear un nuevo cuerpo social y éste es un proyecto que va más allá de rehusarse. Nuestras líneas de fuga, nuestro éxodo, deben ser constituyentes y deben crear una alternativa real" (Ibíd.). La pandilla es una alternativa "real", un poder comunitario real, amparado por el lazo-de-deuda, un poder constituyente sin cabeza, manada, rizoma, en esa cualidad es que, como alternativa "real" es un peligro comunitario para el cuerpo de la sociedad y para sí misma, su explosividad tiende a la implosión, a la autodestrucción.

Sin embargo, su tamaño desmesurado en el "barrio" extendido "transnacionalmente", su crecimiento en apariencia irrefrenable, su preferiría no hacerlo, no porque no pueda, porque no quiero y no se puede, no hay una labor para mí, no hay fábrica ni seguridad laboral o social, no hay más alternativa que la pandilla, eso de la sociedad, prefería no hacerlo. "Más allá de la mera denegación, o como parte de esa denegación, debemos construir además un nuevo modo de vida y sobre todo una nueva comunidad" (Ibíd.). La pandilla es una comunidad, un lazo-de-deuda social, distinto del lazo-de-culpa interiorizado que supone al sujeto esférico.

Otra vez Esposito (2005: 199), "para devenir objeto de «cuidado» político" es decir, ciudadano, "la vida debe ser separada y encerrada en espacios de progresiva desocialización", es decir, sujeto subjetivado, donde se interioriza la producción (el trabajo, la operación de la economía política), la operación social (la conciencia, el deseo) y la vigilancia, la paranoia, la persecución (la culpa, proceso dramático de la cristianización del mundo), para hacer del sujeto vida, nuda vida que para ser protegida por derechos humanos, arropados por los derechos políticos (ciudadanía), precisa "que la inmunicen de toda deriva comunitaria", es decir, de la apertura, de rasgar la membrana del sujeto esférico, de lanzar un lazo-de-deuda comunitario.

TERRITORIOS Y ESPACIOS SOCIALES

El lugar social/comunitario se da en la calle. Ahí sucede. La Pandilla 18 toma el número de la calle donde se origina, un lugar definido por el espacio social (lugar peligroso, donde proliferan extraños inmigrantes de voces ajenas). Lo mismo la Mara Salvatrucha 13, que lleva en la denominación la desterritorialización extrema, El Salvador como lugar de expulsión, el ser trucha como lenguaje; esto es patente con el número 13, que significa sureño (y traza una línea de vinculación étnica a través de la unión de los latinos en la cárcel, el 13 es el número con que la *Mexican Mafia* aglutina a las pandillas latinas del sur de California). También tiene un lugar, quizá mítico, incluso desconocido para los jóvenes MS actuales, sobre todo para aquellos que se brincaron a la pandilla en El Salvador. CB. dio alguna orientación sobre el lugar específico donde surgió la pandilla rival, pero explicó que no podía decirlo con certeza al ser el enemigo. Otro joven MS, brincado en San Salvador, tampoco supo identificar la calle o la esquina donde por primera vez se reunieron los miembros originales de la pandilla. Fue, en algún local de San Salvador y de manera por demás fortuita que el lugar exacto donde surgió la Mara Salvatrucha 13 fue revelado: Entró al local donde comíamos un hombre de unos cincuenta años, alto, moreno, con cicatrices surcando el rostro y cegándole el ojo izquierdo, el mismo lado del cuerpo limitado en movimientos. Se sentó en una mesa cercana a la nuestra y comenzó a charlar con CB, de quien fue compañero en un grupo de Alcohólicos Anónimos, en el centro de San Salvador. La plática llegó al asunto de las pandillas. El hombre de la cicatrices, bajando la voz, como suplicando confidencialidad, confesó haber sido miembro fundador de la Mara Salvatrucha 13, todavía cuando eran *Stoners*. CB dijo algo como que había sido en tal lugar y el hombre corrigió, "no, fue en la 7 y Coronado, ahí nació la MS". Sin embargo, esta exactitud es desmentida

por Xs, quien, brincado a la pandilla en Los Ángeles, se ve imposibilitado para definir el lugar exacto donde surgió la Mara Salvatrucha 13:

[…] hay un debate en cual punto específico fue, pero uno es donde en la Pico con La Brea, donde compartían territorio con la 18 también, en ese entonces, había una relación con ellos. Otro punto estratégico fue la nueve y *Westmoreland*, que era al lado de un *Seven Eleven*, donde la primera onda, la primera clica de ahí se llamó Seven Eleven Locos, verdad, so, en entonces los de la La Brea y Pico se llamaban los parque locos, por un parque que estaba ahí, que está ahí todavía, verdad, entonces estos puntos estratégicos llegaron a ser parte por la razón de que había bastantes salvadoreños, eran puntos estratégicos de migración.

Así, hay un espacio, algo más sobre el lugar, que puede ser la deuda entre los sujetos, el vínculo a través de la carga, la situación, la tierra, el territorio, la proximidad y la guerra, pero en términos de la exterioridad al lugar social/comunitario, éste no es el espacio físico, ni el social. Es una desterritorialización realizada desde lo bajo, por los propios desterritorializados. El lugar social/comunitario es el "barrio", el nombre de la pandilla, la Pandilla 18, los números o la Mara Salvatrucha 13, la MS, las letras: el "barrio", lugar sin geografía, lugar sin espacio, lugar sin terreno pero que territorializa. Cuando pregunté a CB sobre cuál era su clica en Los Ángeles, respondió "Los Chato Park Locotes". Al preguntarle sobre cuál era en El Salvador, fue tajante: "¿En el Salvador? Para qué necesito clica si ya traigo la mía, o sea, la llevaré hasta el día en que me muera, porque ahí me brincaron y ahí nací". En esta declaración de CB se nota cómo el ingreso a la pandilla, a través del ritual denominado «brinco», el nuevo miembro pasa al lugar social/comunitario que no está situado, no tiene tierra, no es un espacio social, sino que está en el "barrio", en la clica, en la denominación, en la simbología, en la *clecha* (forma en que se define si un pandillero tiene las características específicas de un *homeboy*) y se lleva en los movimientos de desterritorialización y se territorializa ahí donde cae el deportado y se extiende, se abre a todos los nuevos *homeboys* o *homegirls* (J, una *homegirl* calmada brincada en San Salvador, a la pregunta sobre cuál era su clica, respondió "Los Chato Park Locotes", es decir, la misma clica de CB, pero desterritorializada en San Salvador).

Las diferencias entre los lugares Pandilla 18 y Mara Salvatrucha 13, definen límites que al chocar generan violencia extrema y, por tanto, una coagulación del lugar que refuerza los vínculos. Como vimos con Esposito, el lugar social/comunitario no es una pertenencia a partir de identificación

intersubjetiva, cúmulo de individualidades, corporación u organización. Es más un cuerpo sin órganos, una comunidad en cuanto explosiva, en cuanto define su exterior y al hacerlo cambia la tonada, vocifera, gruñe. Es un cuerpo sin órganos inundado de sociedad, para pensar con Deleuze y Guattari (2008). Está en el sistema social, para integrar a Luhmann. Es decir, no está afuera, como límite de lo social, sino que como límite es interno, está dentro, marginado, sí, pero no expulsado, por más excluido que esté de los circuitos legales y legítimos del mercado y la socialización (en este sentido es pura socialidad, lazos horizontales). Así, su exterior es inasequible, aunque no necesariamente ininteligible. La otra pandilla, los otros, los rivales, enemigos mortales, dan frontera al grupo, si se quiere, cuerpo, pero sin órganos. Es con respecto a la otra pandilla que se accede al lugar propio para enunciarlo.

Si bien las pandillas transnacionales que nos ocupan tienen su fundación en Los Ángeles, hay un doble movimiento de desterritorialización, ostensible en la difusión a Centroamérica mediante la deportación. Los jóvenes deportados llevan el "barrio", a veces tatuado, pero siempre a través de las relaciones de significancia y sujeción que desestratifican del resto de la sociedad en el "barrio", ese lugar social/comunitario desterritorializado, pero territorializante. Jóvenes pandillero que se brincaron en El Salvador, sin siquiera haber salido del país, han pasado al "barrio", se han brincado a través del ritual de pasaje y han extendido el lugar social/comunitario de las pandillas transnacionales, al mismo tiempo que han estrechado aún más los senderos de lucha política al inflamar la necesidad de seguridad utilizadas por los gobiernos para imponer la acción policiaca de la ley, el abandono a una fuerza de ley sin política, amparada por la acción criminalizante del Estado y el enmudecimiento más vil contra los jóvenes marginales, no sólo pandilleros, pues la manera en que se legisla permite la criminalización de todo aquel fuera de los centros (políticos, sociales, económicos, culturales, etc.).

Los jóvenes que ingresan a la pandilla en el territorio salvadoreño, aquellos que no padecieron el proceso de desterritorialización que originó el fenómeno actual de las pandillas transnacionales, pues eran muy jóvenes para haber sido reclutados por la guerrilla o el ejército en la guerra civil y padecieron otro proceso migratorio, el de los padres y, sobre todo, el regreso, en los noventa, de huestes deportadas de los Estados Unidos, bajo este cruce de desterritorialización pasan al lugar social/comunitario de la pandilla, en ambientes de por sí marginados, encuentran en la pandilla un conducto de exteriorización subjetiva, aunque esto signifique una cierta

clausura respecto al resto de la sociedad a través de la pertenencia al "barrio". La aparente tersura del ingreso sólo dibuja el umbral por atravesar para desestratificarse y la apertura subjetiva al convertirse en *homeboys* o *homegirls*. La pandilla es un lugar social/comunitario, observable en el "barrio", el espacio no geográfico, pero sí mapeado en los cuerpos de los jóvenes, en la consideración a la pertenencia, la intromisión en ese lugar distinto, sin movimiento, desterritorializado, pero territorializante, creador de su espacio a fuerza de violencia e impacto contra el sistema de sociedad que los conforma y define en el margen.

LÍMITE INTERNO: LA RELACIÓN CON EL ENTORNO INMEDIATO

Cuando se advierte que la pandilla no es un límite exterior al sistema de sociedad, que no es un afuera, sino un límite interior, el adentro marginal del sistema de sociedad, se piensa en la participación que tienen en la sociedad, lo que se observa en la permanencia de lazos familiares de los jóvenes pandilleros en su localidad, sobre todo en el caso de aquellos no deportados, es decir, quienes no padecieron la doble desterritorialización de la migración y la deportación, pero sí la marginalización y la reterritorialización pandillera para hacer lugar social/comunitario. Las pandillas establecen perímetros, territorios, el "barrio" se raya en la piel, pero también mancha las paredes, delimita el espacio donde los pandilleros establecen una base geográfica. Mantienen lazos con padres, hermanos, tíos, etc., son vecinos, son parte de la localidad y son visibles, al menos hasta que aparecieron las leyes que criminalizaron la vestimenta y los tatuajes. Sin embargo, siguen ahí, agazapados, evitando la mirada policiaca.

Por supuesto, la relación de la pandilla con la localidad no es tersa y las escaladas de violencia complican aún más la manera en que los pandilleros se vinculan con sus familias y vecinos. En la investigación *Honduras. Pobreza, desconfianza social y crimen*, realizada en la ciudad El Progreso, mediante el análisis de una encuesta como instrumento de observación a la relación entre capital social y presencia de pandillas, en lo que respecta a la relación entre los jóvenes pandilleros y sus vecinos, aparecen datos que dejan observar cómo se da esta relación. Los investigadores notaron una tendencia a "invisibilizar" a los pandilleros, una forma de ignorarlos evitando establecer lazos amistosos, evitando, al mismo tiempo, la enemistad y el enfrentamiento, al grado de optar por dejar a la policía fuera

de los asuntos de la localidad, aun cuando la presencia de las pandillas produzca inseguridad, "es mucho más tentador pensar que la población, de alguna manera, ha aprendido a convivir estratégicamente con el fenómeno y la problemática que este genera, lo cual equivale a esquivar la mirada de los mareros al pasar junto a ellos […] un sector de la población entrevistada (13 por ciento) opina que las maras protegen el barrio o la colonia donde viven [y] el 72.4 por ciento […] cree que existe involucramiento y ayuda de la población hacia estos jóvenes, en alguna medida" (Carranza, Castro, Domínguez, 2007: 219). La manera en que los jóvenes pandilleros se involucran con su localidad pasa por la rivalidad y el delito, la primera más vertebral que el segundo, pues el enquistamiento del lugar social/comunitario en el espacio físico de la colonia, el barrio o cantón, como reterritorialización, se conjuga con la portación del número o las letras, del "barrio" como lugar expandido en clave desterritorialización. Para la pandilla la localidad, al ser territorio, debe ser defendida.

La pandilla como lugar social/comunitario enquistado en el resto de la sociedad, aparece descarnado en la localidad, ahí donde los jóvenes conviven con los vecinos y familiares, donde se asientan en un territorio siempre por defender, con el *placazo* exhibiendo su fuerza (aunque con las legislaciones criminalizantes, las paredes pintadas, al igual que la piel tatuada y la ropa estilo cholo, han disminuido, impactando en lo que hemos reconocido como reestratificación violenta o forzada, ver Moreno y Sánchez, 2012a). El territorio, ese donde siempre están a pesar de que la pandilla sea "a nivel mundial" como presumen varios pandilleros, se comparte y se defiende como el lugar de pertenencia, donde vive la madre. Una espacialización del lugar social/comunitario. Los investigadores de Honduras lo observan así:

Los niveles de solidaridad y/o simpatía que experimenta la población de los barrios con maras podría relacionarse con la cercanía hacia el fenómeno, la convivencia diaria, la necesidad de sobrellevarlo y manejarlo estratégicamente. Además, recordemos que, en muchos casos, los jóvenes que pertenecen a las maras forman parte de los mismos barrios, nacieron y crecieron en esos espacios; son producto del mismo entorno y se reconocen como tales (Ibíd.: 222).

A MANERA DE CONCLUSIÓN

La desestratificación de la significancia y la interpretación, en términos de

su lenguaje y sus símbolos, la reterritorialización mediante el lugar social/comunitario que es el "barrio", el nombre del "barrio", las letras o los números, la piel manchada, el nombre adjudicado tras el brinco, la *taca* o *placazo*, el pandillero deja de ser civil para convertirse en *homeboy*, miembro de un hogar sin sitio, únicamente asequible por el estar juntos, el ser juntos. Una locura de palabras, idiomas y regionalismos. La desestratificación de la subjetivación y la sujeción, el sujeto aislado se abre al otro en el estar juntos, en la relación neotribal donde la interiorización se pierde entre los sentidos de enlazamientos horizontales, sin jerarquía, como lo explica Maffesoli (2004), estamos frente a una fuerza del estar juntos acaecida, sí, por el espacio social jerarquizado por los capitales (Bourdieu, 2005), pero donde en la proximidad permite lazos que rompen la dureza de la socialización moderna:

…socialidad, centralidad subterránea; poco importa el término. Se trataba de atraer la atención sobre esta fuerza interna, que precede y funda el poder bajo sus distintas formas. Me parece que es esta "fuerza" la que está presente en el neotribalismo contemporáneo. Después de la dominación del "principio del legos", el de una razón mecánica y predecible, el de una razón instrumental y, estrictamente, utilitaria, asistimos al retorno del "principio del eros". ¡Eterno combate entre Apolo y Dionisio! En este sentido, antes de ser político, económico o social, el tribalismo es un fenómeno cultural. Verdadera revolución espiritual. Revolución de los sentimientos que pone en relieve la alegría de la vida primitiva, de la vida nativa. Revolución que exacerba el arcaísmo en lo que tiene de fundamental, de estructural y de primordial (Maffesoli, 2004: 27).

Esta ausencia de individualidad no disuelve el, digamos, soporte de socialización que es el individuo, el pandillero a título individual, el que es y debe ser asumido como ciudadano para el ejercicio de sus derechos. No se disuelve, no desaparece el nombre propio, el número de identidad. Cuando pensamos con Maffesoli el neotribalismo, los neoarcaísmos, estamos, precisamente, asumiendo la tensión entre el sujeto socializado (el individuo estratificado) y las iniquidades del sistema que permiten la ruptura, la desestratificación cuando se construyen lugares sociales/comunitarios. El de la pandilla, debido a su violencia, crea el pasaje a su interior y con la pertenencia abre al sujeto al otro, al *homeboy*. Esto es, una empatía del estar juntos a través del sentir.

Es una fusión en el entendido de la desestratificación de la subjetividad y la sujeción, y por ahí se forja un lazo comunitario, un estallamiento

del individuo en su subjetividad que se enlaza, estrechamente, con los otros, porque "la fusión de la comunidad puede ser perfectamente desindividualizante, crea una unión que no implica la plena presencia ante el prójimo [claro en el asunto de lo que hemos llamado lugar social/comunitario, el "barrio" desterritorializado, el "barrio" en el nombre de la pandilla] (lo que remite a lo político), sino que establece más bien una relación vacía que yo llamaría *relación táctil* [específico en la proximidad del espacio social deformado por la desterritorialización, para el caso que nos ocupa, la migración y la deportación]: en la masa nos cruzamos, nos rozamos, nos tocamos, se establecen interacciones, se operan cristalizaciones y se forman grupos" (Maffesoli, 2004: 146). En el caso de la pandilla, sentir la ausencia y el destierro para reutilizar (recodificar) al sujeto en el lugar social/comunitario y presentar el rostro con las muecas vivas en dicha sensibilidad.

La idea de juego, espacio de libertad con un mínimo de justicia en sus reglas, permite que esos sujetos explosivos logren vincularse estrechamente entre sí, constituyendo el lugar social/comunitario. De esta manera se logra mantener una relación más o menos estable con el resto de la sociedad. Pensando con Maffesoli, esto significa *civilizarse* y crear instancias de comunicación con el resto de la sociedad. Al mismo tiempo, es lo que permite la clausura rígida (la lealtad y pertenencia absoluta al "barrio"). Con las legislaciones criminalizantes, aparece lo que he llamado reestratificación violenta y/o forzada, pues produce estructura y organización, aumenta las reglas y las hace más específicas, lo mismo pasa con las sanciones, elevando los niveles de violencia.

La pandilla es también un espacio donde el tiempo se rompe en presente y, de esta manera, se ejerce un poder sobre los valores sociales que encuadran la conducta aceptable y normal de los individuos, se vive el tiempo de otra manera, sin orientarse por las manecillas del reloj, "la vida loca es una expresión que se utiliza como quien dice da igual todo, es la vida loca como vos la vivís, intensamente, un día a la vez, cada quien la ve a su manera, es una expresión, y alguien la retomo y dijo me gusta esta expresión y ahí la está viviendo ésa", expone un pandillero de la Pandilla 18, mostrando cómo, en la locura de la vida pandillera, el tiempo se vive en la circularidad básica del día a día, sin proyecto, apenas el "ideal" del que habló el mismo pandillero: Eliminar a los contrarios, la pandilla enemiga que se mueve y crece a ritmos similares, enroscándose en ese tiempo sin reloj. La pandilla es un tiempo de vacilar, pero donde caben todas las circunstancias en que interfiere el colectivo.

El ambiente de violencia extrema en el que se encuentran inmersos los miembros de pandillas no encuentra salidas, las oportunidades están vedadas y la pertenencia a números o letras marcan más allá de los tatuajes, pues el ser pandillero ha sido asimilado a la condición de criminal irredimible. Ni las instituciones públicas ni las sociales ofrecen vías para mejorar su situación. Los discursos de la reinserción sólo se aplican en términos de política criminalizadora y no se toma en cuenta la manera en que se vive al interior de una pandilla. Si borrarse el "barrio" (eliminar los tatuajes o abjurar del grupo) pasa por la pertenencia absoluta, la imposibilidad de salirse de la pandilla (Moreno, 2010) a riesgo de ser castigado con la muerte, la oferta, seria y sincera para encontrar un lugar social sin violencia, está cancelada si se les exige renegar de su pandilla.

Sin embargo, el aumento de la violencia ha posibilitado un estatus del pandillero donde no se somete a traición: la situación de calmado, es decir, no activo en violencia. La propia constitución del lugar social/ comunitario es fuerza activa, línea de fuga con alto grado de violencia y peligro de caer en un hoyo negro de autodestrucción con sus consiguientes daños colaterales. La pandilla es potencia activa y necesita enfocar sus cualidades para convertirse en algo más que muerte y sinsentido de la vida. Este salirse de las marcas acronímicas elaboradas por el resto de la sociedad sucede desde las marcas autoinfligidas, pero para convertirse en una potencia constructiva exige autoconciencia.

En marzo de 2012, desde el interior de las cárceles de El Salvador y gracias al acopañamiento de miembros de ls sociedad civil, la Pandilla 18 y la Mara Salvatrucha 13 llegaron a un pacto de no agresión, lo que se conoció como una tregua. En conjunto presentaron un comunicado, en uno de los puntos presentadis, los pandilleros establecieron: "Somos conscientes, que hemos ocasionado un profundo daño social, pero por el bien del país, nuestras familias y de nosotros mismos, pedimos que se nos permita contribuir en la pacificación de El Salvador, que no solo es de ustedes sino nuestro también". La conciencia de la que hablan los pandilleros en esta parte del comunicado es una colocación en tres niveles que hablan de la apertura, por un lado, hacia 'la otra pandilla', hacia el entorno social inmediato de los pandilleros y hacia la adcripción a un Estado-nación, lo que implica la posición de los pandilleros no sólo como miembros de ese Estado-nación, sino también como ciudadanos con derechos irrevocables e inalienables que los constituyen en ciudadanos. Hay una toma de postura sobre su papel en la violencia que ha venido escalando en El Salvador y, también, una exigencia, que no petición ni limosneo, del respeto a su condición

ciudadana. Para retomar a Assoun (1999), no es la voz del perjudicado que ruega por dádivas, sino la del ciudadano que exige ser visibilizado con y por sus derechos civiles y humanos.

BIBLIOGRAFIA

Assoun, Paul-Laurent. El perjuicio y el ideal. Hacia una clínica social del trauma. Buenos Aires, Nueva Visión. 1999.

Bourdieu, Pierre. Capital cultural, escuela y espacio social. México, Siglo XXI. 2005.

Brotherton, David y Barrios, Luis. The Almighty Latin King and Queen Nation: street politics and the transformation of a New York City gang. Nueva York, Columbia University Press. 2004.

Carranza, Marlon; Castro, Misael y Domínguez, Nicolas. "Honduras. Pobreza, desconfianza social y crimen". En ERIC, IDESO, IDIES, IUDOP Maras y pandillas en Centroamérica. Pandillas y capital social, volumen II. San Salvador, El Salvador, UCA editores. 2007.

Cerbino, Mauro La nación imaginada de los Latin Kings, mimetismo, colonialidad y transnacionalismo. Tesis de Doctorado, Tarragona. 2009.

Cerbino, Mauro. El lugar de la violencia. Perspectivas críticas sobre pandillerismo juvenil. Quito, Ecuador, Taurus. 2012.

Cerbino, Mauro y Barrios, Luis (edits.) Otras naciones. Jóvenes, transnacionalismo y exclusión. Quito, Ecuador, FLACSO. 2012.

Esposito, Roberto. Communitas. Origen y destino de la comunidad. Buenos Aires, Amorrortu. 2007.

Esposito, Roberto. Immunitas. Protección y negación de la vida. Buenos Aires, Amorrortu. 2005.

Feixa, Carles y Canelles, Noemi "De bandas latinas a asociaciones juveniles: La experiencia de Barcelona" en Educação (Porto Alegre) Vol. XXX, núm. 1 (61). 2007.

Feixa, Carles (dir.) Jóvenes 'latinos' en Barcelona. Espacio público y cultura urbana. Barcelona, Anthropos. 2006.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. Rizoma. México, Ediciones Coyoacán. 2001.

Deleuze, Gilles, Guattari, Félix. Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. Valencia, Pre-Textos. 2008.

Queirolo, Luca. Las políticas sobre las bandas entre Barcelona y Madrid. Etnografía de un campo burocrático del Estado. Génova: Universidad de Lleida/laboratorio di sociología visuale universitá di Genova. 2012.

Hardt, Michael y Antonio Negri. Imperio. Paidós, Buenos Aires. 2002.

Hardt, Michael y Antonio Negri. Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio. Buenos Aires, Debate. 2004.

Maffesoli, Michel. El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas. México, Siglo XXI. 2004.

Martínez, Carlos y Sanz, José Luis. "El viaje de la Mara Salvatrucha. I. El origen del odio" (2012) disponible en http://www.salanegra.elfaro.net/es/201208/cronicas/9301/

Moreno, Hugo César. La Mara como ejercicio de contrapoder. Tesis de Doctorado, México, D. F. 2010.

Moreno, Hugo César. "El declive del control. Las pandillas transnacionales como (des)bordamientos a la seguridad" en Ocampo, Alcántar Rigoberto; Covarrubias, Israel y Cruz, Revueltas Juan Cristóbal (coords.) Estado, seguridad pública y criminalidades. Debates recientes. Sinaloa, México, Universidad Autónoma de Sinaloa/Publicaciones Cruz O. 2013.

Moreno, Hugo César. Pandillas transnacionales en El Salvador y Ecuador: criminalización versus integración. Buenos Aires, CLACSO. 2014.

Moreno, Hugo César y Sánchez, Mónica. "La pandilla como cuerpo sin órganos". En Metapolítica No. 77. Pp. 77-86. 2012.

Moreno, Hugo César y Sánchez, Mónica. "Pandilla 18 y Mara Salvatrucha 13: violencia y desciudadanización", en CUHSO Cultura-Hombre-Sociedad (Chile) Vol. 22, Núm. 2, diciembre. 2012a.

Perea, Restrepo Carlos Mario. Con el diablo adentro. Pandillas, tiempo paralelo y poder. México, Siglo XXI. 2007.